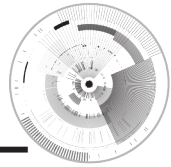
CUASI



CLONES

CUASI CLONES



GUILLERMO TANGELSON

CALIGRAMA

Cuasi clones

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417813352
ISBN eBook: 9788417813833

© del texto:
Guillermo Tangelson

© de esta edición:
CALIGRAMA, 2019
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España — Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El mundo es el espejo de mi muerte,
y el mundo no muere si yo no muero.

Henry Miller

Clones 1.0

—Google Clones, boludo ¿te das cuenta? Estos yanquis saben muy bien lo que hacen —la mano (velluda) de Yanson (velludo también) se mueve frenética sobre el mouse (antiguo y amarillento, sin siquiera un botón de scroll) en busca de un demo que le muestre cómo mierda hicieron los yanquis para lograr:

1. clonar gente;
2. comercializar el asunto; y
3. haber logrado ocultado en estos tiempos de *leaky leaks*.

«*Skip intro?*» Interrogan las letras que titilan en el monitor (de 14 pulgadas, grandote, una reliquia).

—Ni se te ocurra —amenaza Cara de Flauta (largo, narigón, aflautado en muchos sentidos) desde atrás del hombro de Yanson y empieza a esperar a que cargue.

El ventilador de techo hace un chirrido molesto, pero apagarlo resultaría todavía más molesto. Yanson y cara de Flauta pasan horas en esa calurosa oficina de la Comisaría de policía esperando que vengan testigos o sospechosos y tomar la correspondiente declaración. Los dos entraron en La Fuerza el mismo

día, diez y ocho años atrás, sus dotes como dibujantes no tenían igual y los identikits que lograban eran más precisos que una fotografía en 3D.

Cuando al fin carga, el resultado, como toda *intro*, es tan emotivo como decepcionante: música tipo Carmina Burana, sonrisas de gente tan linda que pone en duda toda estadística demográfica; campos de trigo como sinónimo insoportable de libertad, que se extienden en un día de sol. La pareja de personas demasiado hermosas mira para arriba y la imagen funde con dos personas idénticas. Primero jugando al tenis (sobreactuado y sin traspiración), luego navegando en un velero (ésta vez sin mojarse), tirándose en paracaídas, resolviendo la consulta de un grupo de serviles empleados con cascos amarillos que sostienen un plano de una obra de la cual, se deduce, ellos son los arquitectos, o algo así; y al fin se los ve sonrientes en un aula de la Universidad levantando la mano como en un concurso de preguntas y respuestas. Más sonrisas, fundido a blanco y las letras que aparecen con los últimos acordes:

Google Clones.
Choose your life.

—No entendí una mierda —confiesa Cara de Flauta, rascándose la cabeza.

¿Registrate?

—Que no pida tarjeta de crédito, la última vez que puse la tarjeta, me quitaron todo lo que tenía... Fue por un maldito juego de *Yenga online* que le jugué a un tailandés hijo de puta que tenía un pulso de cirujano. Un vacío legal. No la vi venir, estaba dulce, estábamos rompiendo el récord del mes. Siete metros de yenga, ¿Te imaginás?

—No no me imagino, ¿De dónde sacaste tantas maderitas?

—¿Vos no me escuchás? *online*, te dije. Así, así, hacía —dice y demuestra su destreza de muñeca moviendo el mouse con una precisión irritante.

—¿Y cómo se te escapó?

—No sé. Para mí que hubo afano, porque se empezaron a hacer apuestas alrededor de nuestro juego y yo iba como favorito. Y viste lo que pasa con los favoritos...

—No. No vi, ¿qué pasa con los favoritos?

—No te dejan tanta plata. Así que mejor jugarles en contra y hacerlos perder ante el primer tailandés con pulso de cirujano con el que puedan complotar.

—Sos un poco paranoico, Cara de Flauta.

—Corazón, te lo juro por el pasto de la tumba de mi perro Culo. Las tarjetas de crédito son satánicas. Pero, ¿sabés qué es lo peor? que el tailandés era cirujano posta. Le rearmaba la jeta a la gente quemada. Lo que se dice un bien tipo. Igual,haceme caso, no uses la tarjeta.

—Tarde —sentencia Yanson—. Me aburrió tu historia de los cubitos de madera, ya pedí el demo gratis.

—¿Cómo *demo gratis*? Para mí que es una joda. ¿Cuándo es que celebran los yanquis el día de los inocentes? ¿No era eran abril?

—Uy, qué cagada... —interrumpe Yanson mirando el monitor—, solo disponible en Estados Unidos... que se metan sus clones en el orto.

—Muchachos —dice Cosita Dulce abriendo la puerta—, tienen trabajo. ¿Les mando a la testigo?

—Sí, dale, Cosita Dulce, total estamos al pedo —admite Yanson—, hacer un identikit me va a despabilar un poco.

La confusión de la sombra generosa

Yanson escribe a máquina con dos dedos, perfectamente verticales, que caen como guillotinas que sentencian cada palabra de manera irrefutable. Tac, tac, tac, sufre la vieja máquina de escribir que cumple servicio en la comisaría desde antes del derrocamiento de Perón.

—¿Nombre? —pregunta Cara de Flauta ante una lánguida mujer que se sienta como un alumno que visita por primera vez al director del colegio.

—Zila. Zila Gerson.

—¿Silla? ¿Cómo la silla de sentarse? —duda Yanson.

—Zila, con zeta y una ele —corrige Zila sin ánimo de molestar.

—La primera vez que escucho ese nombre. ¿Y qué quiere decir?

—Sombra generosa —explica la mujer con la mirada clavada en el piso.

—¡A la mierda! ¡Sombra generosa! —exclama Yanson—. Suerte que sos flaquita y se infla como un globo para decir—: hola, soy sombra generosa ¡y vengo a taparte la luz!

Abochornado, Cara de Flauta se tapa la cara con las manos y le dice a Zila: